



Comisión 6

Índice

1. Quedarse a vivir. Álvaro Barría Lorca
2. Un niño inteligente. Sol Betbeder
3. *Satisfaction*. Paulina Bonino
4. Una mirada diferente. Antonella Cáceres
5. Arriba los que luchan. Virginia Catera
6. El día que los Beatles conocieron al Che Guevara. Joaquín Chomicki
7. El gran show. Martín Coto
8. Sociedad del rock. Lucrecia Cunioli
9. LSD (la sexualidad y la droga). Candela Díaz Roldán
10. La inquietante dicotomía. Fermín Fuentes Dubosq
11. Inocencia perdida. Sabrina Fagalde Zurita
12. Por la causa. Luna Fogolin
13. Un Estorbo. Santiago Formosa
14. Música y protestas en un mismo show. Juan Gálvez
15. Volver a Woodstock. Celina Jazmín García Antón
16. Modas de ayer, problemas de hoy. Franco Gaspari
17. El lado oscuro de la luz. Patricio Herrera
18. Grandes influencias de los 60. Paola Herreros Polanco
19. La guerra de los colores. Alejo Isacch
20. Amor beatlemaníaco. Sofía Lafuente
21. Protestas por inclusión. Micaela Lo Fiego
22. El ataque fallido. Lucio López Rosanova
23. La voz y la bala. Felipe Martiarena
24. Disfruta los placeres que te quedan sin soñar. Francisco Messina
25. Accidente en la calle. Leonel Pánico
26. Sangre en la justicia. Kevin Phravichit
27. La desaparición de Malena Joyce. Renzo Polo
28. Un argentino en Woodstock. Juan Manuel Real
29. La píldora de cachito. Julián Saldarini
30. La paz y las botas. Lucía Sánchez
31. La función. Tomás Urrutia

Quedarse a vivir

Álvaro Barría Lorca

Se encontraba en un dilema, si viajar a la luna o quedarse allí. Todos los preparativos estaban resueltos: los invitados estaban notificados, había fecha establecida con todo el mundo pendiente, el de él y el del planeta Tierra. La presión que tenía aquel hombre era mucha, debía liderar el, hasta ese momento, acontecimiento de la humanidad, y se encontraba en una disyuntiva.

Veía por televisión y cine, la división del mundo más frío y tenso que se pudo apreciar. La Unión Socialista Soviética y los Estados Unidos competían en dos modelos políticos e ideológicos. Estados Unidos preparaba el abdomen de Stalone mientras que en el Oriente flameaban banderas rojas.

En las radios sonaban cuatro muchachos británicos, y las calles eran copadas por personas que tocaban la guitarra.

Finalmente, el 16 de julio de 1969, “Pepe” cambió el mundo. Prefirió quedarse en su luna con su ahora esposa. Entendió que el verdadero cambio del mundo se hacía de la mano acompañada en la Tierra.

Un niño inteligente

Sol Betbeder

Esa noche, antes de llevar a Tim a la cama, me pidió que le cuente una historia que fuera real.

—Bueno, pero primero hay que meterse a la cama muchachito —dije.

Obedeció sin rezongar y se metió a la cama como un relámpago. Acomodé sus sábanas, su almohada y me senté a un costado.

—Bueno pequeño Tim, ahí va —y comencé.

“Era la década de los sesenta, habían surgido los Rolling Stones y los Beatles. Los jóvenes se vestían con ropas coloridas y holgadas. El rock sonaba en las calles y la gente, con el nuevo género musical, creaba una nueva danza.

Todos estaban muy emocionados y alegres porque se había vuelto más divertido salir a los bailes y bares. Había uno en especial que se llamaba “El Bar de Jack”. Una noche, cuando todos estaban bailando y divirtiéndose, entró al bar la policía con una supuesta orden de cerrar el bar.

—El rock no está permitido en esta ciudad — dijo el comisario.

Las personas que estaban en el lugar quedaron en silencio, todos miraron a Jack. Él, inmediatamente preguntó el porqué de la decisión pero nunca obtuvo respuestas. En El Bar de Jack y alrededores, el rock no se escuchó por un largo, largo tiempo.

Todo volvió a ser como antes, las personas volvieron a sus vidas rutinarias con la antigua diversión. Pero una tarde, en El Bar de Jack, los hombres del pueblo se juntaron a tomar unas copas y conversar.

—Tenemos que hacer algo, la gente necesita el rock —dijo uno de ellos.

—¡Sí! Además, no nos dieron ninguna explicación de por qué prohibieron el rock en el pueblo —dijo Jack.

Esa tarde, después de largas horas de conversación, se levantaron de sus mesas y sentaron a todos los vecinos en la plaza central para comunicar una decisión unánime.

—Queridos amigos, esta tarde, después de debatir entre los hombres de este lugar, hemos decidido reclamar que vuelva el rock al pueblo.

La gente acompañó lo que se resolvió allí y marcharon hacia la alcaldía. Ese día los lugareños, frente a las puertas del alcalde, hasta el otro día con carteles y mucho ruido reclamando el regreso del rock a sus calles.

El alcalde no tuvo más que escuchar los reclamos de los habitantes del lugar. Una semana después, los Beatles y los Rolling Stones sonaban nuevamente en El Bar de Jack”.

— ¿Así termina, abuelo? preguntó Tim.

— Si, jovencito. ¿Le parece mal?

— No creo que ese sea el final. ¿Qué pasó con la gente? ¿Por qué habían prohibido el rock?

— Eso nunca se supo, querido Tim. Pero puedes invitarte tu propio final. Pensalo y mañana me contás, ¿quermés?

— Está bien, abuelo —dijo Tim —Se acomodó y se dispuso a dormir.

Apague las luces, lo miré y cerré la puerta.

Satisfaction

Paulina Bonino

En América, una piba se siente mujer. A la noche o en el día, con la casa sola, pero con él.

En otra parte del mundo, muy lejos o en la otra cuadra, una piba ya no se siente. Transforman su deseo en el deseo ajeno, y “satisfaction” es sólo la música del momento, que suena para algunos pero no para ella.

En algún lugar, el sexo toma la forma de la liberación y Juana le cuenta a Lucía, con la felicidad del asombro, todo lo sucedido la noche anterior. Pero que por favor no le cuente a Rocío, ni a Mara, ni a Mariana. Marcos le cuenta a sus amigos y también a los que poco conoce.

Dos abuelos duermen abrazados y dos adolescentes hacen todo menos abrazarse, porque en el fondo es lo más difícil.

Esteban besa a Mariano y Joaquín no se siente Joaquín, pero sus padres no lo aceptan. Que él es lo que nació; que Esteban sólo está confundido; que lo que libera, a veces, oprime.

Una mirada diferente

Antonella Cáceres

Pasaba como todos los días por la plaza que quedaba a dos cuadras de mi casa, y veía como un grupo de personas estaban vestidas de manera diferente al resto de los que me rodeaban. Mi curiosidad era saber por qué se vestían así, y por qué cantaban canciones tan raras.

Un día al salir del colegio, la curiosidad fue más fuerte que yo y paré. Les pregunté a los que estaban en la plaza qué hacían así vestidos. Ellos amablemente me contaron que pertenecían a un movimiento contracultural, libertario y pacifista. "Escuchamos rock y creemos en el amor libre sin ataduras", me dijeron.

Al escuchar todo ese relato, decidí interiorizarme en el tema. Busqué información, me gustaba su forma de ver la vida, no estaba alejada a lo que yo creía.

Pasaron los días y empecé a pasar las horas junto a ellos. De a poco fui vistiéndome igual, cantaba sus canciones. Me sentía bien estando con su compañía y compartiendo los mismos ideales.

Un 28 de junio inolvidable para mí. Como todos los días, estaba en la plaza y la policía vino a sacarnos violentamente, sin motivos. No molestábamos a nadie, hacíamos la nuestra. Nos sacaron de un lugar público, no aceptaban nuestra ideología liberal. Nos

discriminaban por usar pantalones anchos, remeras grandes y tener rastas. Nosotros no molestábamos a nadie, sólo pasábamos el rato. Estas injusticias me llevaron a seguir luchando y defendiendo mis ideales. No debemos ser reprimidos por ser y pensar diferente.

Arriba los que luchan

Virginia Catera

Era un cálido día de verano del 65. Laura y Valeria preparaban sus banderas y carteles para la movilización que se iba a llevar a cabo al día siguiente. La marcha se hacía en defensa de los derechos de la mujer y el colectivo LGBT. Ellas, eran mujeres independientes y muy convencidas de sus ideales: defendían la idea de que la mujer no debía cumplir el rol de quedarse en su casa, haciendo las “tareas del hogar”. O el estereotipo impuesto desde la sociedad machista y patriarcal de que la mujer, para estar completa, debe tener hijos y casarse.

Entre los tantos carteles que hicieron, Valeria hizo uno en el que escribió: “Mi lugar no está en la cocina”.

— ¡Ese me encanta! —Dijo Laura, señalándolo.

— ¡Gracias! A mí también me gusta. Ya vas a ver como se lo muestro a los machistas y católicos que siempre se juntan a reírse de nosotras.

— ¡Claro amiga!

Llegado el día de la marcha, miles de personas concentraron en una de las principales plazas de la ciudad, llevando carteles de todo tipo y color. Se podía apreciar una gran diversidad de voces. Eran miles de mujeres y hombres, gritando bien fuerte y luchando por sus derechos. Y para su sorpresa, en la mitad de la marcha se les sumó un grupo minoritario de obreros y estudiantes afrodescendientes, que luchaban también por sus derechos, por su reconocimiento y respeto en esa sociedad tan opresora y discriminadora, en la que no se le dejaba espacio ni a las mujeres, ni a la comunidad afro, ni al colectivo LGBT.

Al momento de llegar al punto final de la marcha, un cordón de efectivos de seguridad comenzó a avanzar y reprimir la movilización. Esto derivó en un enfrentamiento entre los grandes luchadores y el aparato represor del gobierno. Muchas personas resultaron heridas, y como consecuencia de esto se convocó a otra movilización para la semana siguiente, en repudio a los acontecimientos de esa tarde.

El día que los Beatles conocieron al Che Guevara

Joaquín Chomicki

Corría la mitad de la década del sesenta y el mundo se encontraba más dividido que nunca. En una pequeña ciudad de Inglaterra, una banda de rock progresivo asombraba a propios y a extraños. La psicodelia se apoderaba de los lugares donde ellos aparecían, ya fuera en un gran estadio o en la terraza de un bar de los suburbios más oscuros.

Del otro lado del planeta, una remota isla había consumado su revolución y se enfrentaba al imperio estadounidense que preparaba el asesinato de los máximos representantes de la rebelión.

Las historias parecían no poder estar más alejadas, pero en un punto se entrelazaron.

En pleno 1964, los Beatles abrían sus fronteras y presentaban sus mayores éxitos en Estados Unidos. En aquel país, se aproximaban las elecciones presidenciales y en uno de

los tantos discursos de campaña, el candidato republicano, Barry Boldwater, se le ocurrió burlarse de aquel grupo que provenía de cultura beat, haciendo alusión a su pelo largo y su apariencia revulsiva, que los diferenciaban por completo de su pensamiento burgués y silabita.

La verbosidad innata del cantante de la banda, John Lennon, no le permitió evitar una respuesta a las críticas y presentó en medio de sus shows, una canción explícitamente dedicada al, hasta entonces, senador que hablaba de sus políticas sangrientas e imperialistas. La noticia llegó rápido a la oficina de Boldwater y éste ordenó la inmediata detención del grupo británico. Mientras Paul McCartney, se preparaba para entonar “She love you”, agentes secretos de la CIA liderados por el senador, irrumpieron en el teatro de New York para arrestar a los cuatro ingleses. Fue allí cuando Ringo se percató del asunto y largó los palillos para tirarse de cabeza al público junto a sus compañeros. El disturbio se generalizó y entre las respuestas de los miles de espectadores, que se negaban a la captura de sus ídolos, los integrantes de la banda, pudieron escapar.

Pero no quedó ahí. En el intento de volver a tierras inglesas se encontraron con la vigilancia de los agentes Boldwaterianos, que rodeaban las fronteras marítimas. La única opción que les quedaba era ir hacia el sur.

En Cuba, el Che Guevara se enteró de los sucesos y mandó a buscar a los músicos para salvarlos de la persecución. Los Beatles desembarcaron en La Habana, recibidos por cientos de guerrilleros que los defendían frente al enemigo en común.

Tras una amable cena en la que compartieron música, comidas e ideas de distintas culturas, Ernesto y John parecían conocerse desde sus nacimientos, pese a provenir de puntos totalmente distintos. Fue allí que, entre vinos y habanos, ambos dejaron de lados sus distintas posturas y apoyándose en sus semejanzas, compondrían una de las canciones que les cambiaría la mirada a los jóvenes de todo el mundo en guerra: “Give peace a chance” (dale una oportunidad a la paz).

El gran show

Martín Coto

El rey se preparaba para el show más espectacular de la historia. Unas 100.000 personas ya tenían su ticket para el espectáculo que comenzaba a las 21 hs. en Las Vegas.

El protagonista, junto a su representante, partió hacia el teatro tres horas antes. En una larga limusina, custodiada por la mitad del personal de la comisaría. Los semáforos no marcaban el ritmo del tránsito, lo hacía la caravana de vehículos dirigiéndose al mismo lugar.

Al descender del automóvil, los gritos de las fans aturdieron a la estrella, que con su elegante sonrisa y gafas de sol, levantó la mano derecha, haciendo el estallido aún mayor.

Ya en el camarín, degustó cada delicia que se encontraba sobre la mesa. Faltaba poco para el comienzo. Por la puerta entró el presidente Nixon para saludarlo y avisarle que iba a presenciar el show, a lo que la estrella reaccionó con un sencillo y simple “gracias señor”.

Faltando diez minutos, tomó su chaqueta de cuero, ajustó sus botas y se paró frente al espejo para peinarse; pero lo más importante no estaba: la gomina con la que su jopo se mantenía firme. El pánico y las corridas a su alrededor florecieron, pero él seguía igual de calmo. Cuando sólo faltaban tres minutos y aún no tenía su peinado, se levantó de su asiento y dijo firmemente:

— Tranquilos señores, yo soluciono esto.

Miró su palma derecha y un escupitajo cayó sobre ella. Pasó la mano por su cabellera y subió al escenario.

Sociedad del rock

Lucrecia Cunioli

Década del 60, denominada la nueva era, la era de la revolución. El nacimiento del rock provocó esta nueva etapa.

Los adolescentes tenían una gran influencia en el rock y viceversa. Con esta aparición, los jóvenes empezaron a percibir otras cosas, actuar diferente, hasta la vestimenta tuvo transformaciones.

Aparecieron los Rolling Stones y siempre hay una persona que descubre primero a las bandas. En este caso fue una joven que hacía pocos meses, había cumplido 15 años. Esta joven cambió rápidamente su forma de vestir y conoció a personas que influenciaron de actuar y de pensar. Pero realmente lo que la hizo despertarse fue el rock, su cultura, sus letras, sus movimientos.

Los Rolling Stones le mostraron un mundo nuevo, se le abrieron unas puertas que nunca iban a abrirse de no ser por este movimiento. Pero siempre hay un conflicto, en este caso es la sociedad, y en mayor medida sus padres. No creían que el cambio repentino de su niña sea una cosa favorable. Al contrario, esta nueva generación iba a traer el caos, el desorden, la pérdida de la sociedad. Pero no, solo fue una nueva etapa que ayudó a la modernidad, ayudando a esta nueva sociedad que estaba resurgiendo.

LSD (la sexualidad y la droga)

Candela Díaz Roldán

Eran los 60, pleno auge del rock, los movimientos revolucionarios y las drogas... Yo estaba inmiscuida en las tres, formaba parte del movimiento social al que le dieron el nombre de "hipismo", cada vez que podía iba a conciertos y el LSD me acompañaba en los últimos, sin falta.

Era una época de liberación sexual, donde todo era goce, amor, y disfrute. Nos encargábamos de ir en contra de todo lo preestablecido por la sociedad de ese entonces, en la que todo era tabú y donde todo aquello que fuese tabú, era para nosotros lo que debía ser naturalizado; la desnudez, la homosexualidad, las familias no convencionales, el rock, el sexo y tantas otras cosas más.

Transcurrí mi adolescencia en Estados Unidos, en una familia muy ortodoxa, en la cual yo era la oveja negra. Amaba escaparme, para alejarme de la triste realidad de mi hogar, de las constantes agresiones de mi padre hacia todos. En una de esas escapadas, fui a un concierto de un músico en ascenso donde probé por primera vez la droga de moda, el LSD; entré en un trance psicodélico donde todo daba vueltas y hasta los árboles me hablaban. Entre mis charlas con objetos inanimados y mis persecuciones a seres que no existían, terminé en la cama con un músico, un tal Jimmy Hendrix. Fue mi primera experiencia sexual. Ahí me di cuenta de que esa era la vida para mí, libertad, rock, sexo sin compromisos. Lo mío no era ser el estereotipo de mujer de esa época.

Esa experiencia fue un punto de quiebre para mí, a partir de ahí, ya casi no aparecía por mi casa, y cuando estaba allí, me encerraba en mi habitación y no hablaba con nadie. Empecé a hacer amigos con mi mismo pensamiento, y me alejé de mis amigas que no estaban de acuerdo con mi nueva forma de ser. Prácticamente vivía con mis nuevos amigos, teníamos una carpa que armábamos donde quisiéramos y allí dormíamos, por lo general lo hacíamos donde habían conciertos. Uno de mis amigos siempre llevaba drogas, vivíamos en otro mundo, un mundo sin preocupaciones, donde todo era risas, donde yo y mis amigos,

teníamos sexo cuando quisiéramos, sin importar nuestra amistad, la cual no se veía afectada, éramos libres.

Después de una semana de no aparecer por mi casa, me crucé con mis padres que me buscaban desesperadamente y cuando me vieron con mis amigos reaccionaron hipócritamente aliviados y contentos de verme; cuando me llevaron a casa, mi padre demostrando que tan hombre era, me golpeó hasta dejarme inconsciente. Desperté horas después adolorida, agarré las pocas cosas que importaban para mí y decidí marcharme para siempre, al único que le avisé que me iba fue a mi hermano, que no estaba de acuerdo con lo que hacía, pero me entendía.

Busqué a mis amigos y seguimos con la vida que teníamos. Después de unos cuantos meses de sexo, drogas y rock and roll, uno de mis amigos murió de sobredosis. Nos entristecimos, pero no le dimos importancia y seguimos con nuestras vidas. Cumplí 30 años, seguíamos igual. Cumplí 40, seguíamos igual.

Hoy tengo 50 años y soy adicta a las drogas, nunca pude conseguir un trabajo mejor que mesera, tuve cuatro embarazos, dos los perdí, y los otros dos me los quitó el Estado. Me prostituyo para ganar lo suficiente para comprar drogas y no morir de hambre

La inquietante dicotomía

Fermín Fuentes Dubosq

Pierre era un joven francés que se encontraba entre las armas y los libros, entre el rol de autoridad y el oficio de rebelde.

Hijo de una escritora francesa llamada Raquel, que le inculcaba la importancia del arte y la literatura, pero también de un policía italiano, que a medida de que su rango laboral iba subiendo, su nivel de odio y violencia seguían el mismo camino.

En las vísperas de su cumpleaños número quince, los padres de Pierre consumaron su divorcio, luego de años de desencuentro, de conflictos y de un ambiente no grato para su crecimiento. Su papá a través de un sospechoso encuentro con la Justicia, logró quitarle la custodia de su hijo a Raquel, y se lo llevó a París, en donde tenía su nuevo puesto de comisario.

A pocos días de arribar a la capital francesa, Pierre fue obligado por su padre a ingresar a la escuela de cadetes, él nunca había podido plantarse frente a su padre, el miedo lo invadía antes de poder balbucear algún reclamo. Si bien tenía muchas dudas, acató las órdenes y se enlistó.

3 años después se convirtió en policía, esas inquietudes que le habían surgido tiempo atrás habían desaparecido, pero un día volvieron, y con mucha más fuerza.

El 3 de mayo de 1968, Pierre tenía veinte años y ya dos de servicio, cuando le tocó ir a la Plaza de Sorbona. Al llegar a la plaza se encontró con una multitud de estudiantes que reclamaban por una mejor educación, entre otras cuestiones. El comando al cual pertenecía tenía la orden de reprimir la manifestación y evacuar la plaza, sin importar las consecuencias.

La policía comenzó a accionar contra los jóvenes, y en el momento en el que Pierre atentaba contra un estudiante, algo en su cabeza bloqueó su cuerpo y frenó con el ataque. Había visto un cartel con el título de un libro de su madre "Cambiar la vida. Transformar la sociedad", en ese instante el policía inmutable se convirtió en un niño que odiaba la violencia. Imágenes, sonidos, recuerdos, invadieron la cabeza de Pierre. Recordó el taller de pintura al que asistía, las pocas canciones que sabía en su guitarra, y la melodía de un rock and roll que solía escuchar con Raquel los domingos.

No hizo caso ante los reclamos de sus colegas uniformados, que seguían reprimiendo con ferocidad, y efectuó el acto más grande de valentía de toda su vida, se desprendió de sus ropas y arrojó sus armas. Nunca más vio a su padre y nunca más estuvo en contra de los que pretenden un mundo más justo.

Inocencia perdida

Sabrina Fagalde Zurita

Mi habitación era un completo desastre, normal en un viernes por la noche. Jim Morrison sonaba de fondo, y yo me movía al compás de su música frente al espejo.

Decidí llevar puesta una minifalda (era última moda en mi ciudad), un top algo ajustado y un abrigo tres tallas mayor. Adorné mi cabello y mis uñas, escondí mi novela “El amante de Leidy Chatterlay” lejos del alcance de mi madre, y salí de mi casa.

Mis padres no se encontraban esa noche, por lo que, mi novio Travis me llevaría a un recital, todos en el instituto irían.

Al momento de subirme a su camioneta, lo besé con fuerza, halagó mi vestuario, y partimos.

El escenario era increíble, las personas bailaban despreocupadamente, sostenían botellas con bebidas blancas, e ingerían pastillas como la que yo sostenía en mi mano en ese momento. Travis me incitó a tomarla, yo no estaba totalmente segura, pero quería dejar de pensar por un momento, alejarme de las reglas de mis padres, de las reglas de la sociedad.

Mi rostro estaba rojo, mis ojos hinchados, y los de mi novio igual. Reímos sin motivo alguno, bailamos, mostré mis pechos delante de mil personas, y luego de un leve forcejeo, terminé sobre el capó de la camioneta de Travis, con él encima.

La primera penetración fue horrible, dolorosa, quería parar, pero sus labios en mi cuello y sus palabras cálidas me hicieron sentir importante. Mi cuerpo uniéndose con el suyo al ritmo de la música de fondo, las drogas dentro de mí, el alcohol derramado sobre la poca ropa que llevaba puesta, armaban una escena tan cruel e inocente que quería recordar.

Luego de sentenciar mi primera vez, Travis me besó, se abrochó el pantalón y subió a su camioneta, seguido de mí. Debería besarle, decirle cuán importante es para mí, pero solo me quede sin sus palabras, y con un preservativo usado.

Las drogas de hacer efecto, su rostro era rudo, me ignoraba, no entendía lo que le pasaba. Al dejarme en mi casa, me besó fríamente, y le oí decir “fue genial nena, espero que repitamos, sabes que te quiero”. Me sentí tan inútil, tan usada, tan sucia.

Subí a mi habitación, tome la primera pastilla que encontré junto con el whisky de mi papá, rompí las fotos de Travis, subí el volumen de la música y llame a mi amigo Pitt, aquel tonto que estaba enamorado de mí. Quizá, mi segunda vez en el sexo, sería mejor.

Por la causa

Luna Fogolin

El día más esperado llegó, el grupo de jóvenes emprendía su tan esperado viaje.

Ya todo listo, los bolsos dentro de una furgoneta color rosa pálido, que a simple vista se podía imaginar las rutas que esas ruedas transitaron.

La emoción de un grupo de amigos que estaban decididos a recorrer todas las provincias que más pudieran, y por supuesto, asistir al famoso festival Woodstock.

Marco, el que manejaba, abrió las puertas de la camioneta, mientras escuchaban las canciones de la conocida banda nacional de los 60 “Manal”.

Se encontraban almorzando en el suelo, contando anécdotas que todavía no habían ocurrido, y eso es lo que más ilusión les daba. Con ansias hablaban acerca de las marchas a las que asistirían y los mensajes que querían dejar en cada lugar en el que iban a parar. Con este viaje no solo pretendían divertirse y estar juntos, sino que también, la lucha social por los jóvenes y que las voces de ellos se escucharan en las calles, les generaba aún más emoción.

El tiempo de descanso terminó. Cinco amigos arrancaban viaje por las rutas argentinas y en cada uno de ellos iba una ilusión, un compromiso, un objetivo, y una lucha por una causa justa.

Un estorbo

Santiago Formosa

Pablo y Juana estaban fumando en un departamento. La cena era pollo con ensalada de tomates, ya un poco repetitivo. Querían dejar de comer carne porque sus amigos no lo hacían y les resultaba un poco violento.

Estaban cansados, toda la tarde habían estado reclamando por los derechos civiles de los ciudadanos negros de Estados Unidos. Juana, antes de dormir, compartía de su marihuana porque decía que dormía mejor.

Vivían alejados de la ciudad, sobre la sierra tenían una casita que apenas les llegaba agua y electricidad. Se transportan en bicicletas, en ellas tenían una calcomanía sobre la protección de animales, y trabajaban como repositorios de un supermercado.

Pablo era un líder en su grupo de activistas que protestaban por los derechos civiles. En su casa, recibían cartas de amenazas de alguien que no conocía pero no le hacía caso. Su militancia era lo único que no podía perder.

La policía perseguía a Pablo. Él era amado por la población negra norteamericana, y los funcionarios políticos querían que parara.

En una manifestación, estaba subido a un farol y recibió un disparo en la cabeza. Nadie supo de dónde provino el tiro, ya no sería un estorbo para los políticos y será un héroe para los manifestantes.

Música y protesta en un mismo show

Juan Gálvez

Las calles son un alboroto a todas horas, hay muchos grupos movilizando en defensa de sus derechos, y un grupo de jóvenes organizan todos los elementos necesarios para “copar” un espacio en el norte de California.

El cantante principal del grupo es Elvis Presley, y esta tarde van a llegar a una plaza llamada “Sonylisa”, ya todo está preparado, los instrumentos y el sonido.

El show empezó a las cinco de la tarde y apenas se inició, la gente que estaba movilizando con las pancartas y banderines en otros lugares, llega al lugar del evento. Cada vez son más, y Elvis con su grupo, se sienten muy eufóricos y tocan con más ganas, él recita poesía entre la música de fondo, y las personas que estaban en las calles llenan la plaza.

Todas son sensaciones positivas y apoyo moral para la lucha de las clases sociales, las fuerzas de seguridad solo observaron lo que pasa, nunca intervienen. En un momento el recital de Elvis, se convierte en cánticos ensayados en el momento en contra de un gobierno antidemocrático; todos cantan, saltan y protestan a la vez. Al finalizar, Elvis

Preasley promete nuevos shows, las ovaciones y los aplausos suenan por todos lados, y un gracias al final.

Volver a Woodstock

Celina Jazmín García Antón

Manuel fumaba de manera despreocupada, mirando las delgadas y provocativas piernas de Celestina. Él usaba una remera con el logo de Led Zeppelin y unos jeans rotos, que acompañaba con unas zapatillas a juego con su estilo descontracturado. Ella, alta y delgada, llevaba una minifalda azul junto con medias cancanes color negro, al igual que sus chokers, en su cuello y respectivas muñecas. Se caracterizaba por sus tres aros en su oreja izquierda, y por poseer una voz infantil, propia de la inmadurez.

Habían comenzado a verse a escondidas desde hacía unos meses, porque solían disfrutar de aquel placer que tiene la clandestinidad. Se conocieron en Woodstock, y la conexión fue instantánea. Aquel día, entre palabras, risas y cervezas se emborracharon y aspiraron aquel polvo blanco que les dio la altivez y la grandeza de amarse sin culpa entre los pastizales del festival. Desde entonces, nunca volvieron a separarse, ni a ser los mismos.

Las juntadas de esa habitación en el fondo de la casa, carentes de sentido, concentraban la génesis de aquella relación vacía. Los vinilos de Jim Morrison, Janis Jipin e incluso, algunos de los Rolling Stones, sonaban de fondo, al compás del desenfreno de drogas sintéticas y una extraña especie de sexo en busca de satisfacer los más profundos vacíos. De a ratos hablaban de sus penas y sueños, y, sólo en los momentos propios que brinda la intimidad, contaban sus más profundas miserias. Manuel era un infeliz, soñaba ser como los ídolos populares de los discos de moda, y también con escaparse de su casa para así poder alejarse de sus padres conservadores que lo golpeaban sin razón alguna. Él quería descubrir su libertad. Celestina, acorde al sueño de su amado, anhelaba con ser groupie y con viajar de la mano de músicos famosos que la querían como ninguna otra mujer. Aun así, ambos tenían una misma idea, volver a Woodstock el otro año.

Cansado de los maltratos, una oscura y fría noche de invierno, Manuel se fugó. Desapareció al igual que el brillo en los ojos de Celestina. Ella lo lloró de sol a sol y cortó cada una de sus venas a medida que los días pasaban. Su gran amor no volvía. Se sintió abandonada e incomprendida. Sus padres, preocupados por ella, al igual que sus amigas, le hablaron más de una vez acerca de “dejar pasar”. Pero ella jamás escuchó y nunca perdió la esperanza pese a su situación.

Fue así que un día, Celestina tomó las riendas de su destino, y como antes hizo Manuel, huyó de su casa con el fin de volver al lugar que la había hecho renacer hacía un año, Woodstock.

Y allí estaba, más delgado y ojeroso, pero era Manuel, con su barba y pelo enmarañado que la miraba con deseo una vez más fumando desde lejos.

—Sabría que vendrías —exclamó. Y Celestina sonrió.

Modas de ayer, problemas de hoy

Franco Gaspari

Una época donde la gente comenzaba a revelarse contra la sociedad, dejaron de lado los prejuicios y opiniones ajenas para comenzar a vivir la vida libre.

Chicos, grandes, todos utilizaban ropa colorida copando las calles con colores nuevos y alegres, dejando de lado el gris opaco que dominaban las ciudades.

Pero no todo era alegre y colorido, llegó al país un fenómeno mundial que atrapo a todos los jóvenes de la ciudad y el mundo, la droga.

No era muy común que la gente consuma, pero como toda moda, despertó curiosidad en todas las personas. Éstas comenzaron a consumir cuando concurrirán a los recitales, donde lo más común era la marihuana, y luego, la cocaína ocupó un gran lugar.

Esto generó gran revuelo en las personas, como en todas las adicciones, fue empeorando con el correr del tiempo, había gente a favor y gente en contra, lo que causó una tremenda disputa social. También censuraron bandas, porque se las acusaba de hacer apología a la droga.

Mucha gente murió a causa de las drogas, y sin embargo, este fenómeno mundial que hoy en día nos rodea a todos, no recibe el tratamiento que merece, tampoco lo hacen las personas que se encuentran afectadas por esta problemática, no reciben ningún tipo de ayuda, por el contrario, reciben balas.

El lado oscuro de la luz

Patricio Herrera

Era un cálido verano en el año 1964, en Cambridge. Las orquídeas irradiaban sus colores a causa del calor, las bicicletas alivianaban el tránsito en la ciudad y la juventud alborotaba las pacíficas calles del barrio.

Yo venía de dejar el teclado en la casa de Richard, un vecino de Paddle Street. Me iba a reunir con un compañero de clase del secundario, con quien habíamos programado una tarde al frente del lago. La puntualidad la llevaba como un don, y recuerdo que el tiempo hasta que llegara me sirvió para reflexionar mientras veía las ondas en el agua.

—Veo que lo único que tenes frío son las manos — dijo Roger.

—La puntualidad es tu enemiga —dije mientras lo abrazaba, como lo hacen los amigos del barrio.

Atrás de él había un sujeto alto, de ojos saltones, pelo descuidado y un aspecto sombrío y siniestro, que me pareció muy llamativo.

—Traje a un amigo: Syd — me aclaró Roger con tono tranquilo.

Abrió su mochila y sacó unas tabletas, transparentes como el vidrio, que nos ofreció a ambos. En su momento, no supe que eran. Quise introducirlo en mi pipa, pero Roger me lo sacó y lo puso sobre mi ojo izquierdo. Su goteo me ardía, era ácido, “LSD”.

El viaje era interplanetario y a la vez tan real que daba miedo. Syd tocaba la guitarra y cantaba cosas sin sentido y a destiempo, pero en ese momento el ruido se transformaba en armonía.

Cayó la noche, la luna estaba llena y parecíamos tres hombres lobos en la oscuridad. Cigarrillo de marihuana, trago de cerveza, así sucesivamente. La noche estaba en pañales.

Fui a buscar el teclado y caí a lo de Syd. Micrófonos, equipos Marshall. Empezamos a tocar, mientras de fondo sonaba la radio con noticias militares. Un chispazo de corriente producto de una sobretensión apagó todo. Desde ese momento, supe que esto recién comenzaba.

Grandes influencias de los 60

Paola Herreros Polanco

Cinco años antes de la década del 60, se produjo en Argentina un Golpe de Estado en contra del entonces presidente Juan Domingo Perón. Este hecho marcó un antes y un

después en la historia del país y latinoamericana, influenciando a que los jóvenes se apoderaran de las calles.

Jóvenes menos eufóricos y vehementes que los actuales, chicos y chicas que escuchaban Rock and Roll en esas tremendas radios más pesadas que un ladrillo. El viento movía esas largas cabelleras que muchas veces estaban atadas, o sueltas y llegaban hasta la cintura.

Íconos de la moda, no solo los Beatles sonaban en los parlantes. Los Rolling Stone se empezaron a posicionar entre los primeros lugares. Los jeans de los pibes, las minifaldas de las pibas hacían la diferencia.

Cierto día Griselda, tenía ganas de usar una minifalda para asistir a un evento de la Universidad y se olvidó que no se había depilado, entonces decidió usar un jean. Sus compañeras copiaron su estilo y fue gracias a esta estudiante que el estilo unisex fue tendencia.

Griselda no escuchaba rock, prefería militar en algún partido político y le gustaba salir a las calles, ver y entender la euforia que los grupos musicales generaban en chicos de su misma edad.

Fue justo en aquella época que nació uno de los mejores jugadores del fútbol mundial. La chica de 23 años, aquel 30 de octubre estaba tomando el fe con dos amigas sin imaginar que Dalma Franco estaba dando a Luz a su más grande ídolo, Diego Armando Maradona.

La guerra de los colores

Alejo Isacch

John M. recién había terminado la escuela en un bachillerato de Wisconsin. Pese a los consejos desesperados de su madre y los frecuentes enojos de su padre, aún no sabía que haría de su vida en un futuro. Sus tiempos de alumno resultaron ser menos placenteros que tortuosos. Siempre fue difícil para él hacer amigos y rara vez podía sentarse a estudiar. Cuando John comenzó sus últimas vacaciones escolares, se tendió en su cama. Le esperaba un año largo y complicado. No se había inscripto en la universidad, seguramente su padre exigiría que trabaje. John posponía el momento de buscar algún empleo en una tienda de ropa, o en el puesto de diarios dos calles arriba.

El joven comenzó a romper la cadencia de los días que pasaba encerrado en su casa leyendo los diarios. En grandes titulares se hablaba de las guerras y muertes, y discursos nacionalistas del presidente. Las fotos sensacionalistas despertaban cierta excitación en su alma ociosa. Pensó en ir a la guerra; las bombas, las armas, los tanques.

Un domingo apareció en una sección especial que el diario de mayor tirada regional le dedicaba a las noticias del conflicto bélico, una foto del General Wright en el campo de batalla. Éste anunciaba sonriente el bombardeo exitoso a una ciudad de nombre extraño. John se quedó largo rato mirando la sonrisa en la cara del general, admirado. Cuando se dispuso a pasar a la primera página para empaparse con los detalles, vio una escena, al principio confusa, a las espaldas del uniformado. Dos marines llevaban, en una camilla, a una mujer vestida de civil y con los ojos achinados. No es fácil ver detalles en imágenes en blanco y negro, pero no parecía estar con vida. John, abatido, salió a caminar.

Hacía tiempo que no salía de su casa a dar una vuelta por el barrio. Anduvo un par de cuadras hasta que se topó con una pequeña plaza en la que solía jugar de pequeño. Rápidamente llamó su atención un grupo que hacía ruido a la sombra de un árbol.

Eran unos cinco tipos tocando la guitarra, y cantando una música que John no había escuchado jamás, una melodía sumamente alegre y relajada a la vez. Los hombres tenían unas gafas grandes y redondas. La ropa colorida le resultó muy atractiva, algo extraña, pero sin dudas mejor que las fotografías en blanco y negro.

Eran las tres de la tarde y no quedaba nadie en la plaza además de ellos. Uno de los jóvenes reconoció a John del bachillerato y lo invitó a unirse a ellos, y a cantar canciones contra los discursos nacionalistas, y las balas, y los tanques, y la muerte.

Amor beatlemaníaco

Sofía Lafuente

Felipe quería invitar a salir a Melina, no precisamente la chica más linda de la escuela, ni del salón. Melina tenía el cabello largo y llovido, color almendra y siempre llevaba una bincha finita marrón donde terminaba su frente. Usaba anteojos verdes botella, redondos como dos monedas, jeans pata de elefante. Melina hablaba despacio, nada la apuraba, y en las pausas tan serenas que acompañaban a un pestañeo suave, Felipe se quedaba hipnotizado. En esas pausas, él aprovechaba para contar sus pecas en la zona de su nariz y pómulos.

En las paredes de la ciudad había pegados carteles en los cuales promocionaban una banda de unos cuatro jóvenes entrajeados. Se hacían llamar Los Beatles y tocaban rock. Según el comentario de la zona de The Cavern Club hacían delirar a las chicas, quienes eran sus principales seguidoras. El cuarteto tocaría esa misma noche en aquel chicuelo club.

Mientras Felipe se fumaba un pucho a la salida de la escuela, esperó que saliera Melina para invitarla esa noche a escuchar un poco de rock. Melina al cruzar las puertas de la escuela, lo vio y lo invitó a caminar hasta la parada del colectivo y en el camino se fumó el pucho que Felipe tenía calzado en su oreja. Al llegar a la parada, Felipe sabía que tenía que invitarla en ese mismo momento porque si no ya sería tarde, o tendría que conseguir su teléfono pero eso significaba tener que pasar por la presentación de sus padres. Se aproximaba el colectivo que ella tomaba para ir a su casa cuando Felipe se rascó su nuca y con una mano en la cintura le dijo de ir esa misma noche a The Cavern Club a escuchar a Los Beatles. Melina sonrió y le confesó que ella lo iba a invitar a ese club, que iría con su grupo de amigos. Entonces, a las nueve se encontrarían ahí Felipe, Melina y sus amigos.

Eran las nueve y cuarto cuando Felipe llegó a las corridas al club. Se había quedado ensayando frente al espejo del baño cómo podría decirle a Melina que estaba muerto de amor por ella. En una mesa muy chiquita estaba ella con sus amigos. Ellos tenían también los pelos largos y vestían camisas prendidas hasta el cuello. Al sentarse Felipe fue invitado con algunos porros y cervezas. Él sólo aceptó las cervezas y brindó con Melina mirándola a los ojos. Fue mutuo. Ella también lo miró a los ojos. Es más, le sostuvo la mirada mientras bebían. Obvio que Felipe se enrojeció y apartó la mirada.

Los Beatles hacía rato que estaban tocando entre los gritos de las muchachas y los gritos de uno de ellos que se hacía llamar Paul. Los jóvenes entrajeados rodeados de cables en el piso propusieron algunos temas lentos y románticos. Felipe se acomodó en su silla y pensó que era un buen momento para confesarle su amor a Melina. Para eso ya había bebido dos o tres cervezas, no estaba ebrio pero si su vergüenza había bajado un porcentaje bastante importante. Al ritmo de “I wanna hold your hand”, Felipe giró su cabeza para mirar a Melina y se encontró con que ella ya lo estaba mirando. Y no solo en ese momento, sino que hacía rato lo estaba mirando, como se mira un cuadro queriendo descubrir sus más mínimos detalles. Felipe se sorprendió pero el humo de los porros lo tenía demasiado relajado y pudo mantenerle el contacto visual. Ella le acarició una mejilla cantándole “when I touch you I feel happy inside” cerca de su boca.

El amor entre Felipe y Melina duró lo que duraron Los Beatles. Su amor nació de la mano de la banda, en aquel bar, y murió en una terraza mientras ellos tocaban su último concierto y Felipe y Melina compartían el último pucho de la relación.

Protestas por inclusión

Micaela Lo Fiego

Estaban todos en la calle, reunidos alrededor de una fogata en forma de protesta para poder luchar por los derechos. Sebastián llega a esta protesta pasada una hora, se ambienta enseguida al lugar que tiene de fondo música de The Beatles.

Esta protesta pacífica fue convertida en algo violento con la llegada de la policía que había empezado a reprimir a los ocupantes de la calle. Las corridas eran para diferentes direcciones, gente herida y los derechos de cada uno se vieron avasallados por la supuesta autoridad.

Sebastián logró escapar pero fue detenido por su vecino afroamericano que estaba fuertemente herido.

—¿Estás bien? —pregunta Sebastián.

—Me acaban de pegar miles de tiros, ¿te crees que estoy bien? —responde con gestos de dolor.

—Perdón amigo, es que estoy muy nervioso por lo que está pasando.

—Se vengó, se sacó las ganas.

—¿Quién?

—El policía de la otra vez que ya había querido matarme me dijo “sos negro, no perteneces acá” —imitándolo —Me buscó y aprovechó la situación para fusilarme.

—Vamos a la casa de Marcos para curarte.

Cuando llegaron a la casa, lo curaron y estando todos más tranquilos, se sentaron para mirar la televisión. Luego de una semana, se implementó la Ley de los Derechos Civiles en Estados Unidos.

—Espero que sea el fin de la discriminación —le dijo Leo, con voz de deseo a Sebastián.

El ataque fallido

Lucio López Rosanova

Era una tarde de otoño, había mucho viento, fue hasta la habitación donde estaban sus amigos bebiendo algunas cervezas y viendo las repercusiones del discurso de Martín. Él, luego de recoger la campera que estaba en el respaldo del sillón, volvió hacia el balcón donde charlaba con la mujer de la habitación de al lado.

Luego de un largo rato, de intercambiar palabras con su vecina y fumar algunos cigarros, la invito a ver Ben Branck, un gran saxofonista jazzero, que tocaría en una reunión privada.

Sus amigos y él, bajaron a la cocina del hotel a comer algo y charlar con los cocineros que habían presenciado el acto durante el día anterior, coordinaron reunirse antes de ir al show de la noche y se despidieron con besos y abrazos.

Al volver a la habitación, tomo una toalla para bañarse luego de haber preparado la ropa para esa noche, que sería muy especial. Siempre que se hospedaba en un hotel o residencia, escondía armas en el baño. Esta vez, la saco del botiquín y la coloco sobre el estante de la bañadera.

Al vestirse, preparo en su pierna una funda de pistola por precaución. Cuando fue a afeitarse, escucha que rompen la puerta de un disparo y sintió que llegó el día en que habían ido por él.

Tomo su arma y fue por quienes habían irrumpido en su habitación.

El troteo duro más de dos minutos, y termino con la muerte del ataque.

La voz y la bala

Felipe Martiarena

Durante los años '60, existieron innumerables manifestaciones culturales que impulsaban a la música. Muchos artistas actuales parecían ir quedando en el camino debido a los nuevos vanguardistas que estaban surgiendo, como por ejemplo The Beatles, Rolling Stones, Dire Straits, entre otros.

Frank Sinatra, más conocido como “La Voz” era, en ese momento en América, el artista por excelencia. Esto provocaba el recelo de los británicos que sin cesar buscaban ser los número uno en la cultura de la música. Intentaron muchas veces de sabotear la industria estadounidense, pero fue sofocada en todos sus intentos por los magnates en complicidad con los asesinos seriales del país.

El 18 de enero de 1968, el gobierno del reino unido contrató trescientos hombres para matar a Frank. La misión consistía en entrar a la casa del cantante con cinco furgonetas, llevándose las barreras por delante, irrumpiendo con todo. Ingresan por mar, tierra y aire, ese era el objetivo. La mansión de Sinatra estaba ubicada en Miami frente al mar. Esto facilitaba el acceso de la Casa Blanca, con la seguridad de Tony Montana y el tesoro más grande de Estados Unidos. El hogar del cantante era un paraíso perfecto. Desde el mar llegaron diez lanchas equipadas con dos M6—42 cada una.

Justamente Frank estaba en el patio, haciendo defecar a su perro que en un intento de traición forzosa, lo muerde inesperadamente. El ídolo popular quedó tirado en el patio y pasó lo peor.

La noticia llegó a Inglaterra antes de ser asesinado. El título en Estados Unidos fue “Una voz callada con plomo” (*The New York Times*). Mientras que del otro lado: “The Beatles y los Rolling Stones, los reyes del mundo”.

Disfruta los placeres que te quedan sin soñar

Francisco Messina

Allá por la década del '60 en los Estados Unidos empezó el auge revolucionario en la sociedad. No solamente con el incremento del consumo de drogas, sino también por la crecida del arte y la contracultura situada en el país norteamericano durante aquellos años. El surgimiento del rock y la música country en esa época generó en la sociedad un cambio, pero más precisamente en la juventud, que sumado al auge de las drogas y de la política del éxtasis, le permitió a la juventud un divertimento extra, aparte del brindado por los medios de comunicación.

En este fragmento, vamos a explicar lo sucedido con Axel, un joven que en la década del 60 estaba viviendo sus primeras experiencias de adolescencia, explorando nuevos mundos como el de la música y la política partidaria estadounidense.

Axel era un chico de clase media, media y tres cuartos, que siempre que podía se daba sus lujos, pero sin dejar de pensar en los pobres, ya que ocupaba sus fines de semana realizando trabajos comunitarios, en los suburbios de la ciudad de Nueva York.

A fines de esa década, hubo una masiva movilización contra el partido demócrata, que conducía el gobierno norteamericano, sobre varios casos de corrupción y pedido de aumentos de salario para los pobres. Axel no dudó en asistir, viendo que esos problemas estaban afectando a la mayoría de los neoyorquinos.

Meses después, Axel se encontró en uno de los primeros festivales de rock de la ciudad, con bandas como The Doors y Creedence, que empezaban a mostrarse al mundo como grupos reconocidos y sobre todo masivos. Al finalizar el festival, se dirigió a su hogar y fue víctima

de un secuestro. No sólo él, sino también cientos de ciudadanos estadounidenses que asistieron a la marcha contra el gobierno demócrata.

Los ciudadanos volvieron a salir a la calle en repudio a lo sucedido, bajo las banderas políticas republicanas, y pese a la nueva represión ejercida por la policía, nuevamente hubo muertos y heridos. Además, nadie volvió a saber nada de Axel, desaparecido por la policía en tiempos donde reinaba la paz en el pueblo estadounidense.

Accidente en la calle

Leonel Pánico

Los jóvenes tomaron las calles pidiendo por sus derechos, cantaban y reían mientras avanzaban. Ni siquiera las bocinas de los conductores furiosos opacaban su cantar. Estaban decididos a expresarse, a dar a conocer sus problemáticas a como diera lugar.

César estaba apurado, le quedaban cinco minutos para llegar a su trabajo y estaba a media hora en coche. Ya había llegado tarde en varias ocasiones debido a las marchas que le impedían el paso. Su jefe le dio el ultimátum de que, si volvía a suceder, sería despedido. César no podía permitir que lo despidiesen, tenía una familia que mantener.

A la distancia observó a una multitud marchando. Su corazón comenzó a latir con fuerza y sin pensarlo dos veces aceleró con la intención de embestirlos. Los jóvenes, al ver que un auto se iba a estrellar contra ellos, empezaron a correr despavoridos, con rostros atemorizados.

Decenas de personas resultaron heridas por el impacto, mientras que César no consiguió sobrevivir tras perder el control del vehículo y volcarlo.

Más tarde, la noticia sería que hubo un accidente en la movilización, pero esa no era realmente la verdad.

Sangre en la justicia

Kevin Phravichit

Comenzaba aquella mañana en la que ya no se veía el sol brillar, las personas sin una sonrisa en el rostro y el latido de un bebe recién nacido.

Ese tiempo fue muy duro para aquellas personas que sufrían la esclavitud y discriminación.

Pero, detrás de toda esa cruel realidad, existía un grupo llamado “Mirada Sangrienta”. Ellos eran cinco integrantes (por el momento), buscaban la justicia y el derecho por la paz.

Otro mundo se veía en la calle, personas maltratadas por su orientación sexual, mujeres usadas como objetos sexuales y huérfanos que eran abandonados por sus propias familias.

Todas las noches, a escondidas, este grupo se reunían para combatir al gobierno, y hacerles entonces, pagar por todo el daño que iban ocasionando, más que nada por sus actitudes machistas.

Por las mañanas, actuaban normalmente, pero esas personas ricachonas, dueñas de grandes empresas que los empezaban a tratar mal y violaban a las mujeres, las golpeaban, y se oponían a ellas. A los homosexuales los miraban con asquerosidad y eran torturados delante de toda la sociedad.

Aquel grupo, empezó a actuar rápidamente y se armó una masacre en la que asesinaron a esos empresarios. El gobierno al enterarse de esta situación mandó al cuerpo policial a encontrarlos y exterminarlos.

“Mirada Sangrienta” refugió a las mujeres y a los homosexuales para que estén a salvo. De ahí en adelante, planearon y actuaron una estrategia, vigilaron día y noche los movimientos policiales y militares, hasta que les llevó aproximadamente una o dos semanas poder llevar a cabo lo que habían planeado.

Al día siguiente, comenzaron a marchar por las calles gritando fuertemente, tirando piedras, bombas de frutos podridos, todo en contra del gobierno. Cuando fueron rodeados por policías y militares, empezaron a atacar hasta la muerte misma.

La desaparición de Malena Joyce

Renzo Polo

Malena Joyce era una joven actriz de 12 años, estrella del programa “Mi vida con Aelita”, una comedia familiar donde interpreta a la hija menor de la familia protagonista “Los Jersey”. Se emite de lunes a viernes de 20 a 22.30. Aelita, la niña a la que interpretaba, es la hija menor de Yason y Marina Jersey. Un personaje que atrapa a toda la familia con su encanto y dulzura a la hora de cenar.

Era el lunes 18 de Septiembre del año 1962, el programa “Tu serie favorita” que se emite de 13 a 15.30 dio una primicia de última hora. La pequeña Malena es vista en su casa por un camarógrafo del programa, está charlando con un hombre de mediana edad y realiza un movimiento sospechoso de intercambio una pequeña bolsa de color gris, que contiene una sustancia desconocida.

El martes Joyce va caminando por la avenida Almirante Brown, no se percató de que Ford Mustang de color marrón la sigue a paso de hombre. Llega a la puerta de su casa y busca en su bolso la copia de la llaves, mientras que del sospechoso auto baja un señor que se acerca a Malena y la toma por la espalda.

Jake Stonebanks, el traficante, se encuentra sentado en su asiento ubicado en el medio de dos patovicas, mira fijo a la pequeña joven desaprobando una actitud de ella. Joyce siente miedo, cree que su secreto fue descubierto. El tipo tiene algo claro, toma un revólver que escondía en el bolsillo de su pantalón y le dice:

—La cocaína es mía, tú sólo eras un peón que yo usé para llegar público infantil—.

Un argentino en Woodstock

Juan Manuel Real

Era agosto de 1969 y yo con 18 años recién cumplidos armé mi equipaje y partí hacia Nueva York, Estados Unidos. El motivo de mi viaje era por mi cumpleaños y por haber terminado mis estudios secundarios. Me dieron a elegir entre un automóvil o un viaje de 10 días a donde quisiera. Mi padre, reconocido médico clínico de Buenos Aires, por primera vez no quiso fijarse en gastos, gesto que me sorprendió de él. No tardé en elegir fecha: saldría el 10 de agosto hacia Nueva York con anticipación de un mes a la fecha de mi cumpleaños.

Lo que me atrajo de Nueva York sin dudas eran los avances que había, la cultura y las oportunidades que se escuchaban, aunque el contexto social no era el más óptimo.

El avión despegó a las 7.15hs am del 10 de agosto y llegué al aeropuerto internacional John F. Kennedy a las 11.30hs. Me alojé en un cómodo hotel 4 estrellas de la Avenida Murray St., a una cuadra del City Hall Park, luego de un largo viaje en tren.

Decidí ir solo, rechazando varias propuestas ya que necesitaba un tiempo para mí. Mi paso por el colegio fue monótono, nunca había tenido novia y decidí viajar liberada de cualquier persona que integre mi entorno.

Los primeros tres días fueron muy corrientes. Recorrí calles y avenidas donde me compré muchas cosas con mis ahorros y dinero que me habían regalado. Sin embargo, la emoción que necesitaba, no la había encontrado todavía.

Corría ya el 14 de agosto, cuando salí del hotel a caminar. En el camino, me encontré con muchos jóvenes que ofrecían volantes con propuestas de transporte hacia un gran festival de rock: Woodstock. Al leer que en ese festival iban a estar Hendrix, Bob Dylan, Santoro, The Who y varios más, de estos artistas solía comprar vinilos, y me entusiasmé. Acordé en ir con un grupo de hippies que me dieron el volante. Afortunadamente, no tuve inconvenientes ya que mi inglés siempre fue bueno.

Al otro día temprano, me pasaron a buscar y emprendimos viaje hacia la gran granja Bethel, donde se iba a realizar el festival. Cuando llegamos y nos acomodamos, entre cigarrillos de marihuana y alcohol, veo salir a Jimmy Hendrix, uno de mis ídolos musicales. Ahí me di cuenta que estaba donde debía. Me quedé los tres días acampando, entre marihuana, experiencias sexuales y bebidas, di cuenta mi falta de experiencia. Al regresar a la mundana ciudad, exhausto, empecé a ver a la sociedad americana igual a la de mi país, monótona y sin sentido. El resto de mis días allí, conviví con un grupo de hippies. En el momento de volver me deprimí, porque ya no me sentiría nunca más uno del grupo, y no quería resignarme a mi antigua vida. Por eso, fue la mejor experiencia que viví en mis 65 años.

La píldora de Cachito

Julián Saldarini

Las calles están colmadas con gente no mayor a los veinte años de edad. Pancartas, gritos desaforados y un abrumante humo de cigarrillo es lo que reina en el lugar. En una de las tantas manifestaciones se encuentra Hugo, un joven de 18 años que está consumiendo LSD hace unos seis meses.

El sueño de este sujeto es el de ser cantautor, para que sus amigos y las personas que él quiere canten sus canciones en protesta a este sistema capitalista que los inunda.

Hugo, o “Cachito” como lo llama su mamá, está preso a una ilusión, esa que sólo consigue cuando ha tomado más de dos pastillas de ese estupefaciente que le vuela la cabeza y por sobre todas las cosas lo desvela.

Esta píldora está en todos lados, sumado al humo de marihuana que no cesa en las veredas: en los quioscos, en los parques y a la vuelta de la esquina la podés conseguir sin problemas.

LSD, siglas de la liberación pero a su vez del exterminio.

Una tarde como tantas otras “Cachito” fue a componer su melodía, acompañado de sus mejores compañeros de andanzas. El LSD no falta, y el delirio es impresionante. Uno se arma un cigarrillo de marihuana, otro está bebiendo una cerveza y otro tiene ganas de ir a comprar un whisky. Los cuatro están esperando el momento indicado para hacer lo que desde un principio querían. Tadeo, el más lúcido de los cuatro, tiene un frasco de aerosol azul, su misión es mostrar su postura de total desprecio.

Pasa una hora y media, nadie se anima a pintar, ni el mismísimo Tadeo. Hugo decidido y cansado, se dirige hacia el paredón blanco y escribe: “¡Qué asco me da tu sociedad!” haciendo una dura crítica al capitalismo. Los policías que rondaban por allí, lo descubren. La represión es grande, claro. Hugo sufre varios golpes, su cara queda llena de sangre y sus

ojos dados vuelta. Sus amigos intentan ayudarlo a pesar de que sea tarde, el odio no va a cambiar, la vida de “Cachito” tampoco.

La paz y las botas

Lucía Sánchez

—¡No, no mires hija! —le dijo su madre y le tapó los ojos. Al bajar de su auto Ford GT40 y ver una pareja de mujeres homosexuales, que fumaban marihuana sentadas en el cordón de la vereda.

La pareja, en su estado de excitación y risa, hizo caso omiso a la señora del auto de alta gama. Sólo entre carcajadas murmuraron para sí mismas “maldita consumista”. En medio de besos, se levantaron, dieron giros con sus polleras largas y coloridas, sus cabellos enrollados se movieron alocadamente. Ambas cantaban a gritos “*all you need is love, all you need is love*”, bailaban, disfrutaban de su juventud plena.

Ese día, a las seis de la tarde, se reunía en la plaza de la ciudad un grupo de jóvenes. Tocaba la banda Weed Is Love y ellas fueron a escucharla. En la plaza, los rayos del sol alumbraban las ropas brillosas de los jóvenes: camisas estampadas con colores verdes, rosas, naranjas. Pantalones Oxford, que vestían tanto varones como mujeres. El pelo largo era tendencia y los jóvenes se lo sujetaban con vinchas. Era común que los varones se dejaran barba tupida, al estilo de Fidel Castro.

El clima allí era alegre, festivo. Los jóvenes se movían al ritmo de la música alzando sus dedos en forma de V o sus medallas con el símbolo de la paz.

La pareja, estaba con un grupo de amigos, felices. Unos consumían LSD, otros preferían la marihuana. Cualquiera de las dos les provocaba placer y la risa sin razón. Hacían una especie de alabanza a *The Weed Is Love*, al agacharse cuando la banda tocaba el tema “*Peace*”.

La fiesta llegaba a su fin. Nadie quería irse del lugar, deseaban permanecer allí por el resto de sus vidas. Entonces, aparecieron los bastones y las botas. La policía reprimió duramente a los jóvenes.

Los golpearon y los amenazaron. Algunos gritaban: “Se terminó tu paz, hippie drogón”. Otros empujaban a los jóvenes, los tocaban y les quitaban sus frascos con flores de marihuana.

En la plaza hubo una fiesta, hubo paz. La policía terminó con esa armonía en el lugar. Sin embargo, no logró hacerlo en el pensamiento de cada joven.

La función

Tomás Urrutia

—¡Envían a los más jóvenes a morir! —dijo Nick, agitando la euforia popular de los más de 50.000 jóvenes que pedían por la vuelta de las tropas americanas de Vietnam.

El sol caía en la fresca noche americana. Washington se preparaba para regresar a casa, estar un rato en familia, cenar y dormir. Nick no tenía esa posibilidad, desde su primera aparición pública en Marzo del '63, hacía ya tres años, no había podido volver a dormir tranquilo ni ver a su familia otra vez.

Era muy fácil ensuciar la imagen de Johnson, prácticamente se ensuciaba sola. Pero cada vez que Nick tomaba el micrófono, lograba hacer con sus siempre acertadas palabras que silbidos, insultos y hasta escupitajos cayeran sobre la imagen del Presidente.

Desde su ascensión, las fuerzas parapoliciales que respondían a la Casa Blanca habían presionado a Nick y a su familia, buscando intimidarlos, y que dejara de hablar en público

las cosas que decía del mandatario americano. Pero esa noche todo se fue de las manos. Cuando Nick llegó a su departamento, en un edificio en las afueras de la ciudad, se encontró con lo peor: el cadáver de su madre arriba de la cama, degollada, junto a un cóctel que lo invitaba a suicidarse.

El efecto de las drogas no facilitaba para nada la situación. Tembloroso, levantó el teléfono y sólo atinó a decir: “pudieron conmigo”.